

amable Corazón de Jesús. Sea El con Dios Padre y con el Espíritu Santo, el único objeto de nuestras adoraciones, de nuestro amor y de nuestras alabanzas, en el tiempo y en la eternidad. Después de Jesús, sea María, su augusta Madre, el primer objeto de nuestra veneración y de nuestros afectos más tiernos, consagrados al cielo desde la tierra. Amén.

## CAPÍTULO XXI.

### VÍCTIMAS ESPECIALES.

Jesucristo, cabeza divina de su cuerpo místico, que es la Iglesia, se perpetúa y se prolonga de alguna manera en cada uno de sus miembros, bajo alguno de los rasgos característicos de su existencia. En el simple fiel continúa su vida privada, y por decirlo así, *su vida doméstica* de Nazareth. En el Sacerdote continúa su vida pública de predicación, y su función de *sacrificador*. En el religioso continúa su vida y su función de *víctima*. Tronco divino, viña divina, la vida de Jesucristo se va, pues, comunicando como una savia fecunda, formando tres grandes ramas estrechamente unidas, las cuales, ramificándose á su vez, llevan la vida divina de Cristo hasta las últimas y menores hojas de este árbol misterioso. La primera rama es la vida de Cristo, continuada en los fieles, esto es, la vida cristiana: *vita christiana*. La segunda, es la vida de Cristo, Doctor y Sacerdote, continuada en los Sacerdotes; es la vida sacerdotal: *vita sacerdotalis*. La tercera, es la vida de Cristo, víctima obediente y crucificada, continuada en los religiosos; es la vida religiosa: *vita religiosa*. En efecto; el Hijo de Dios vino del cielo á la tierra para darnos la vida divina con abundancia. El mismo lo dijo: *Ut vitam habeant et abundantius habeant*. Y he aquí que, después de su aparición entre nosotros, la vida divina de Cristo

se desborda en el seno de las generaciones cristianas, y produce sin interrupción los frutos más abundantes de virtudes y de vida eterna. ¡Tributemos alabanzas y acciones de gracias á nuestro caritativo y dulcísimo Salvador! Para completar esta enseñanza añadiremos que, á pesar de la triple distribución de que acabamos de hablar, elige Dios, indistintamente, para fines que le son conocidos, *víctimas especiales* en todas las clases de la sociedad cristiana, y las comunica, para la salvación de sus hermanos, una participación más larga de los sufrimientos de su divino Hijo, y, por consiguiente, de su título y de su función de víctima.

Recorriendo los anales de la Iglesia, sería fácil demostrar este aserto, con hechos numerosos que le ponen en evidencia. En efecto; Dios ha elegido en todos tiempos almas fervorosas para convertirlas en víctimas agradables á sus ojos, sobre las cuales ha querido descargar los golpes que su justicia reservaba á una ciudad, á una nación, ó á su misma Iglesia, á causa de las infidelidades de sus hijos. Así es como descargó sobre la inocente víctima del Calvario, su amadísimo Hijo, los rigores que su justa cólera reservaba á la humanidad culpable. Decir el tierno amor, la tierna predilección que Dios profesa á estas almas, á quienes ha dado un rasgo particular de semejanza con su Hijo crucificado, es cosa imposible. Para complacerlas, no hay milagros, ni gracias que no esté dispuesto á conceder á sus oraciones, sobre todo, cuando se las presentan mezcladas con las lágrimas, con la sangre y con las agonías de Jesús, unidas á sus propias lágrimas y agonías. Principalmente en las épocas de crisis religiosa y social, es cuando el Señor tiene la costumbre de suscitar en su misericordia estas víctimas ocultas, cuya acción latente, como la de la gracia, obra en cada uno de nosotros, con ella y por ella, de una manera íntima y vital. Puede compararse la función importante que estas almas cumplen en los miembros del cuerpo místico de Jesucristo, á la de los órganos vitales que están unidos inmediatamente al corazón para transmitirle

la sangre, y con ella la vida, de la cual es la fuente, que corre hasta los miembros más apartados. No diremos que estas almas santas son como una especie de *sacramento vivo*, de que Jesucristo se sirve para realizar en sus miembros una obra de vida divina; pero sí que son instrumentos, canales inmediatamente unidos por el dolor y por el amor á la fuente de esta vida divina, es decir, al santísimo corazón de Jesús, para transmitirla ó para que la obtengan aquellos de sus miembros, á los cuales quiere que llegue. De donde resulta que, cuanto una alma está más unida á la fuente de la vida, que es Jesucristo, más se halla en las condiciones requeridas para sacar de ella las olas de vida divina, para sí misma y para las demás; y cuanto más apta se encuentra para perpetuar en la tierra el sacrificio de Jesucristo, y para ser asociada á su título y á su función de víctima para la salvación de los hombres, más acceso tiene, por consiguiente, cerca de Dios, y más imperio sobre el sagrado corazón de su Hijo, para obtener las más abundantes gracias, en beneficio de los justos, de los pecadores, de la Iglesia, del Soberano Pontífice, de las naciones, de las diócesis, de las parroquias, de la conversión de los infieles, en una palabra, de todas las necesidades de la Iglesia y de la humanidad.

A la cabeza de estas víctimas ocultas, aparece la augusta María, Madre de Dios y Madre nuestra, en quien el dolor y el amor entrelazados como dos tallos, el uno de espinas y el otro de flores, forman una misteriosa alianza, y la hacen aparecer á nuestros ojos con el doble título y la doble aureola de Madre de puro amor, *mater pulchre dilectionis*, y de Reina de los mártires, *Regina martyrum*. María ha sufrido, por compasión, todos los dolores de Jesús, y ha respondido á su amor con un amor de perfecta correspondencia; de suerte que, la unión de María con Jesús por el amor y por el dolor, ha sido la más perfecta posible, y se ha efectuado con una especie de plenitud. No es, pues, de extrañar, que haya ejercido sobre el corazón de su Hijo una influencia tal, que haya obtenido por ella sacar olas de vida

divina para la humanidad entera; de modo que, todas las gracias á que inclina al corazón purísimo de Jesús el corazón santísimo de María, llegan á nosotros por este corazón virginal, como por un canal extremadamente puro y fecundo. La acción de esta grande y nobilísima víctima, que es la más perfecta, después de la víctima santa del Calvario, es, pues, no sólo una acción eficaz, sino universal, que se extiende á todos los cristianos, á todos los hombres, á todos los tiempos y á todos los lugares. Sí; la humanidad entera es deudora de su salud, después de Jesús, á María, Madre del dolor y del amor: por la cual, no es extraño que esté á la cabeza de la Santa falange de las *víctimas especiales* de que venimos hablando. De aquí procede, quizá, el atractivo particular que induce á las almas privilegiadas á elegir á la Virgen de los Dolores y á su corazón compasivo, para objeto especial de su devoción. Como los destinos de San José son inseparables de los de María, no podríamos separarle de ella, en la parte que tuvo en los sufrimientos de Jesús, su divino Hijo. San José fué una gran víctima voluntaria, pero una víctima oculta. Asociado por Dios Padre, en calidad de cooperador, á la gran obra de la Redención y de la Regeneración del género humano, ¿cómo no habría sido particularmente asociado al gran medio reparador, es decir, á los sufrimientos, á la cruz y al sacrificio voluntario del Hombre-Dios?

Es de presumir que, después de María y José, ocupa el primer puesto entre esta generosa falange San Juan Evangelista. El amor de Jesús por este discípulo amadísimo de su corazón, era demasiado tierno, ardiente, é íntimo, para que no le concediese la gracia insigne de una perfecta semejanza con Él. Porque tal es el amor, llevado á cierto grado de intensidad, que tiende con ardor infatigable á hacer pasar á la persona amada, tanto como esto es posible, la vida misma de la persona que ama. Ardiendo Jesús de amor por San Juan, ¿cómo no habría de haber grabado en él la imagen de su vida crucificada? ¿Cómo le habría rehusado lo que con-

cede á sus mejores amigos, en prenda de su predilección, esto es, una larga parte en el cáliz de sus agonías y en los sufrimientos de su Pasión? Discípulo amadísimo de Jesucristo, ¿no fué San Juan al mismo tiempo hijo privilegiado de María, y, durante muchos años, depositario de los dolores de su Santísima Madre? ¿Ni cómo, á este nuevo título, no habría él sido mártir del dolor y del amor, él, cuya alma fué tan amante y tan sensible? Sí; lo creemos: Juan Evangelista fué una de estas *víctimas especiales* que á Dios Padre agradó asociar á los sufrimientos, sobre todo, á los sufrimientos interiores de su amadísimo Hijo.

He aquí lo que leemos á este propósito, en la vida de la bienaventurada Angela de Folíno: «Yo había, dice, pedido á la Santísima Virgen María, Madre de Dios, y á San Juan Evangelista, por el vehemente dolor que traspasó sus almas en la Pasión de Jesucristo, que me concediesen la gracia de poder sentir los dolores de la santa Pasión; y me la concedieron de tal manera, que San Juan me procuró una vez una amargura tan grande, que nunca he probado otra más vehemente; y conocí que la espada del dolor que había atravesado el corazón virginal de la Madre de Dios y el de San Juan Bautista, había sido más aguda que la de los mártires; y que habían padecido al pie de la cruz más excesivos sufrimientos que los mártires mismos». Después de este testimonio de un alma tan santa, á quien el Espíritu Santo se dignó favorecer con sus más íntimas comunicaciones, no parecerá extraño que queramos hacer partícipes á nuestros lectores de la persuasión en que están de que San Juan Evangelista ocupa el primer lugar de estos mártires ocultos, en cuyo corazón ha plantado Jesucristo su cruz, á quienes asocia particularmente á su título y á su función de víctima, y de los cuales hace con su predilección los continuadores de su sacrificio para la salvación del mundo, por medio de la participación de los dolores, sobre todo, de los dolores de su alma santa y de su corazón agonizante. Así, no creemos hacer nada mejor que

aconsejar á las almas, á quienes Dios conduce por estos caminos dolorosos, que recurran en sus tribulaciones á la protección de San Juan, discípulo amadísimo del corazón agonizante de Jesús, é Hijo privilegiado del corazón compasivo de María. Existen, en efecto, no sólo entre los miembros de Jesucristo, sino entre sus diversas funciones, ciertas relaciones íntimas, que unen las unas á las otras en un orden jerárquico, lleno de armonía y de humildad. Ocupando San Juan un puesto de honor en esta misteriosa jerarquía, tiene, por esto mismo, con los que se hallan colocados por encima de él, una visible influencia de protección y de caridad.

A su vez, María Magdalena, alma privilegiada, cuyas lágrimas de arrepentimiento y ardiente amor la hicieron tan querida del corazón del divino Maestro, ¿no fué también una de las víctimas escogidas? Después de que el Hijo de Dios derramó el perdón en esta grande alma, y con el perdón los dones más preciosos de la gracia, ¿no fué como un instrumento de misericordia para atraer á una infinidad de pecadores y de pecadoras convertidos? Durante los diez y ocho siglos que nos separan del día en que estuvo desecha en lágrimas al pie de la cruz, con María y el discípulo amadísimo, ¿hay un sólo día, en que su memoria, sus oraciones, su ejemplo, sus lágrimas y su larga penitencia, no hayan ejercido sobre cualquier pródigo una influencia saludable, un apostolado de misericordia y de conversión? ¿No se sirvió de ella el Hijo de Dios para hacer descender sobre la tierra de las Galias el rocío celestial? Y ¿no se debe en gran parte á su poderosa intervención, cerca de Dios, unida á los trabajos de los hombres apostólicos, venidos para acabar de desmontar una tierra tan árida hasta entonces, que se haya convertido en reino cristianísimo esta hija primogénita de la Iglesia, esta Francia, querida de Dios, en todo tiempo tan generosa, hoy tan probada, pero cuyas pruebas se disminuirán el día en que las almas devotas se ofrezcan á Dios como Magdalena, en clase de víctimas para su rescate?

No es posible calcular el maravilloso poder del

amor y del dolor, en un alma íntimamente unida á la fuente misma de la gracia, al Sagrado corazón de Jesús. ¿Quién calculará las santas influencias que esta alma, divinizada por su contacto con el Hombre-Dios, derrama, de todos lados, en torno de sí? Su acción no tiene más límites que los de su amor y su dolor. Según que ama ó que sufre amando, obra más ó menos extensamente, con más ó menos eficacia en esta esfera misteriosa, que es el mundo de las almas, la región de lo sobrenatural, en sus relaciones con la pobre humanidad. No: las ramas del árbol más vigoroso no sacan de su tronco tanta savia vegetal para fecundarse, como vida divina saca una de estas almas para sí y para los demás, del tronco divino al cual está unida, es decir, de Jesucristo, árbol de vida y verdadera viña, que da frutos para la eternidad. *Ego sum vitis, vos palmites*. María Magdalena, lo creemos sin vacilar, fué una de estas ramas fecundas, estrechamente unidas al tronco divino. Arraigada con él en el suelo del Calvario, sacó una savia abundante de vida divina, y la distribuyó á su vez á una multitud innumerable de ramas, que le deberán eternamente, después de Dios, la gracia de no permanecer como fragmentos de leña seca, únicamente buenos para ser arrojados al fuego.

Así, pues, de la misma cruz ó mejor de las llagas mismas de Jesucristo crucificado, brotan tres grandes ramas, unidas á El por el amor y por el dolor. La primera, á la cual se unen las otras dos, es la augusta María, la amadísima y compasiva Madre de Jesús, que por razón de la excelencia y de la intimidad de su unión con su divino Hijo, y de su conformidad con El por el sufrimiento y por el amor, está colocada en la misma fuente de la gracia, y saca la vida divina con tal abundancia, que la recibe como en su plenitud, y á su vez puede derramarla sobre la humanidad, hasta las últimas generaciones. Así es como esta purísima Virgen aparece constituida al pie de la cruz como *Reina de los apóstoles del sufrimiento*. Después de María y por María, las otras dos ramas que brotan del

árbol de la vida, son San Juan y Santa Magdalena. Su amor y su compasión por su Maestro crucificado, les dan un rasgo tan perfecto de semejanza con El, que merecen, después de la augusta María, ocupar el primer lugar entre los *apóstoles del dolor*. En recompensa de su sacrificio recibieron, el uno y la otra, una misión importante. A San Juan se le confió la de fecundar con su caridad y con sus dolores, no menos que con su palabra, la ciudad de Efeso y las comarcas del Oriente. La segunda, convertida en ilustre penitente del Santo Carmelo en Provenza, tuvo por misión fecundar en Jesucristo las regiones de Occidente, con sus lágrimas, sus oraciones, sus expiaciones voluntarias, sobre todo, con los santos y vivificantes ardores de su amor. Marsella, en particular, la debió, á la vez que á su hermano Lázaro y á su hermana Marta, convertirse, de pagana que era, en una de las ciudades más profundamente católicas del mundo. Así, pues, sobre el Calvario, y al pie de la cruz, se inaugura en María, Madre de Dios, y por María en San Juan y en Santa María Magdalena, el *apostolado del sufrimiento*. ¡Qué origen tan glorioso! ¿Quién no se mostrará santamente celoso de tomar parte, en la medida de que sea capaz, en tan sublime apostolado, sobre todo, en estos tiempos desdichados, en que el concurso de los cristianos, dispuestos á sacrificarse por la salvación de sus hermanos, es tan necesario y oportuno?

## CAPÍTULO XXII.

## EJEMPLOS.

—

En confirmación de lo que se acaba de decir en el capítulo precedente, vamos á citar algunos ejemplos que demostrarán cómo se ha complacido el Hijo de Dios en todos los tiempos, en asociar á su sacrificio víctimas especiales para las necesidades de su Iglesia, y para la conversión de las almas